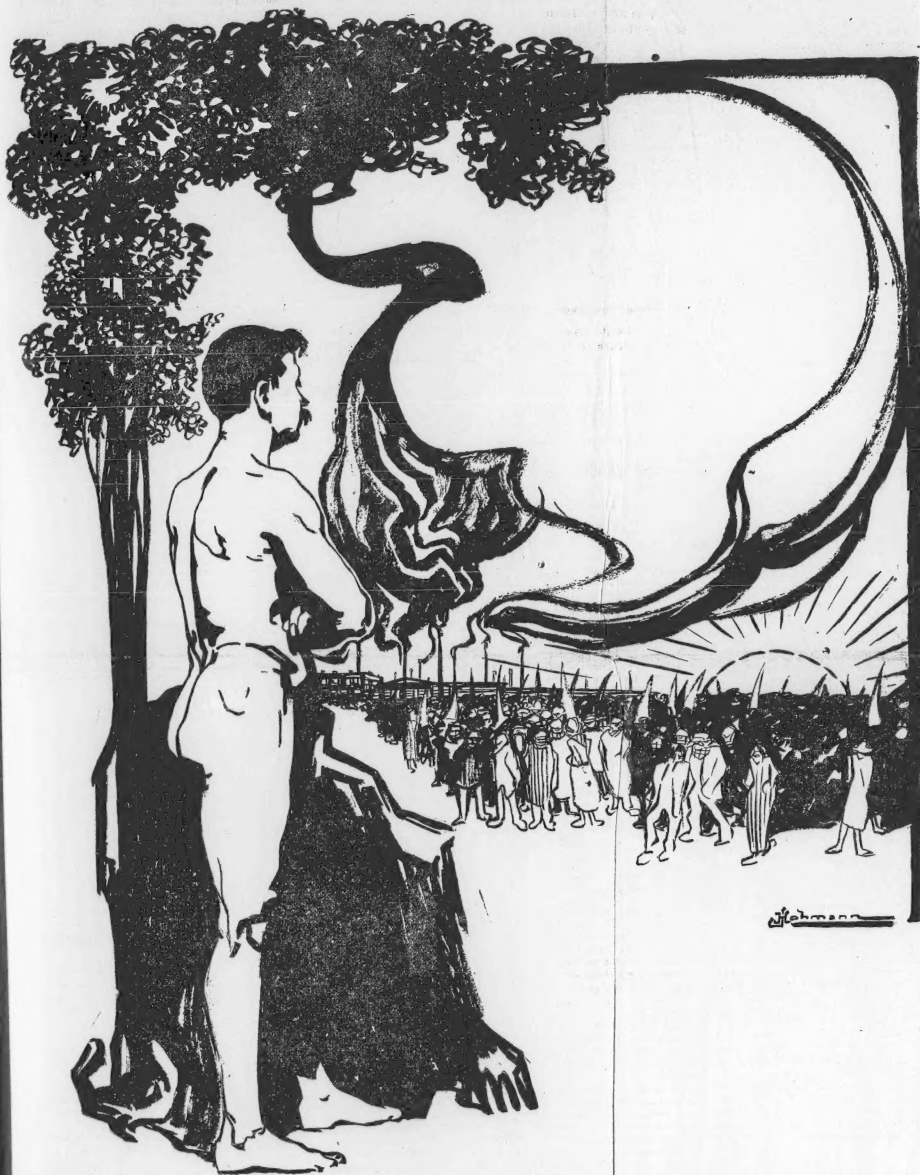


PORTA
PAGO

LA PROTESTA

1.º DE MAYO



El sol que nace, las sombras que huyen. Quedan en el azul restos de humo, flotando en espirales abiertas. Se ve una laguna de cielo, azul, purísimo... De abajo, por el lado del puerto, una multitud andrajosa surge crepitante. Hombres que marchan como a la salida de la fábrica, con las manos rudas sepultadas, ociosas, en los anchos bolsillos. Rostros apenas abocetados, pechos robustos. Se ven algunas mujeres, la silueta gibada...

Atrás, en el fondo, en la sombra aún no descorrida del puerto, algunas velas ponen una mancha clara. Parecen alas o parecen lenguas o parecen gritos...

¿Gritos? Sí, son gritos, vtores, extrañas palabras. Suben, as-

cienden, como las floras del polo hasta las montañas del trópico; allí se quedan, sopando, abriendo flores. El cuadro entero era un carbón y se ha descubierto una faceta brillante. ¡Es el diamante, compañeros, es la preciosa piedra que había en ese carbón tan negro! Y con ojos nuevos contempla el hombre visión tan nueva... Es sólo una arista y su corazón ya se florece! Comprende ya los gritos, ve ya un futuro más noble: otro sol, otras luces, otra cumbre, otro reverdecir, tra aurora.

Iría hacia ella. Iría, iría. Ya está en sus labios la palabra de reunión:

—¡Compañeros!

F. O. R. A. Mitin del 1. de Mayo. Concentración de las columnas: Plaza Constitución a las 3. Llegada: Plaza Colón (entre Belgrano y Moreno) a las 4

«¡Salud, oh tiempos, en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy sofocan con la muerte.»

Estas palabras pronunciadas por un hombre que estaba a la vera del abismo impenetrable de la muerte, encerraban una profecía certera y una dura verdad que ni la violencia brutal de la fuerza, en el momento en que fueron pronunciadas, ni después la obra demolidora del tiempo han podido destruir.

La memoria de los héroes sacrificados en holocausto del inabarcable Moloch moderno, que es el Capital, en aquel inolvidable y solemne 11 de Noviembre, aportó consuelo el 1.º de Mayo, día que los trabajadores del mundo convinieron en dedicar anualmente a la protesta contra todas las tiranías que desde el fondo de los siglos vienen gravitando sobre las espaldas de la humanidad dolida...

Por eso las sombras silenciosas de los ajusticiados, de los hermanos caídos en la demanda, en aquella aurora trágica de la revolución, volverán hoy, en el nuevo aniversario, a presidir las reuniones y las manifestaciones, en que el proletariado rumoreará, en medio del silencio de las grandes urbes paralizadas, sus eternas aspiraciones de libertad y de bienestar.

¡Salud, sombras queridas!

Día de homenaje, de protesta y de ensayo de fuerzas es este, pues... De homenaje a las víctimas del pueblo, a todas las víctimas, desde las estirpes esclavas de la antigüedad hasta las de las dolientes muchedumbres asaltadas de hoy; de protesta contra el régimen que obligó a aquellos hermanos nuestros a sellar con su sangre roja, plena de savias robustas, todas las conquistas del progreso y que a pesar de todos los dictados de la experiencia y de la ciencia se obstina aun en la injusticia secular de mantener el patrimonio social y la libertad de las mayorías en manos de unos pocos; y de ensayo, por fin, de las fuerzas revolucionarias del trabajo que en día no lejano, extendiendo e intensificando su rodio de acción, han de llevarnos a la necesaria e ineludible guerra social.

Deténgase hoy el estridor violento de la industria, acallémos las fábricas, esas grandes surgentes de la producción, en cuyo seno horribles dantesco las muchedumbres oscuras y dolientes que todo lo producen, para no recibir en pago otra cosa que el dolor y la angustia en que se desarrollan sus vidas miserables. Que dejen de cantar las máquinas su monstruosa canción que parece que pudiera siempre sangre humana... Que no se mueva ni una brizna en las ciudades y que también allá, en los campos, nuestros hermanos eternamente inclinados sobre la tierra maldrastra, a la cual arrancan penosamente los óptimos frutos que otros han de consumir, en cambio de su mal pan, eleven las rejas, abandonen los títulos de labranza y que liberten a los pobres bueyes, que son como un símbolo vivo de la tristeza y de la sumisión en que hasta ahora han padecido.

¡Con la vista fija en la aurora, cantemos al porvenir!

Hoy es 1.º de Mayo.

LA PROTESTA

1.º de Mayo de 1909

Toda la gigante obra material del siglo, lleva el bautizo de la sangre proletaria. El andamio que cae, la máquina que destruye, la mina que sepulta entre escombros centenares de vidas, doquier la sangre de los eternos galeotes del trabajo, siempre abundante y barata, cienciendo la riqueza ajena, construyendo la felicidad de los dichosos.

Pero no sólo la obra material del mundo ha sido fecundada con su sangre. También el progreso de las ideas ha sido regado con sangre obrera. Y no sin motivo entonces, la sangre se ha hecho a través del tiempo y del dolor, luz y bandera, pensamiento y acción, ideal y sacrificio. Chicago, Montjuich, Alcalá, Sicilia, Milán, Novosibirsk y... Buenos Aires...

Pronto no habrá quedado un lugar en la Tierra, donde no se marque con un jalón sangriento la historia de las reivindicaciones proletarias.

Y detrás de las dolientes multitudes agenciadas por la fusilería de los soldados, la figura trágica de algún vengador...

Y la ley del Talión, continúa y continuará, nadie sabe hasta cuándo, presidiendo soberana, absoluta, en esta guerra de clases que transformará el mundo, los destinos de la sociedad humana.

Bien hacéis hermanos del taller y de la fábrica, rudos pero sinceros poetas de la utopía libertaria, en dedicar esta fecha para recordar hechos, hombres e ideas, que tanto

honran la acción libertadora de los asaltados del mundo entero. Vuestra voz y vuestro ardor al proclamar en este mundo libre, la fuerza emancipadora del ideal anarquista, levante el espíritu de los cansados y ensanche de valor y de esperanza el corazón de los vencidos en todas las filas obreras.

Pero no olvidemos hermanos, antes de dirigir nuestros ojos hacia el oriente del futuro, de consagrar un recuerdo fraterno a aquellos que en este mismo día, y en esta misma ciudad cayeron en la vida pública, bajo las balas o el machete del cosaco político. Esos no cuentan en Buenos Aires con sociedades de desagravio a la cultura, que les erijan monumentos allí donde regaron el suelo con su sangre, que pongan su nombre a las calles de esta capital, o que, lleven, siquiera, un ramo de flores a sus tumbas de parias y una lágrima de condolencia a sus pobres descendientes.

Esos no tienen más altar que el que nuestro recuerdo hondamente afectuoso, nos erige en nuestro corazón de luchadores.

Y para ser consecuentes, tampoco olvidemos al héroe, hermano.

Julio R. Barcos

Mi artículo de Primero de Mayo

¿Qué es vivir libres, compañeros? ¿Qué es disfrutar de los derechos que los otros hombres tienen? ¿Qué es no tener dolores de qué dolernos ni oprimirnos a los oprimidos? ¿Qué es tener aire, espacio, anchura, luz esplendorosa y meridiana, camino abierto, libre acceso al llano o la montaña? ¿Qué es soñar, estudiar, ir con los que sueñan y con los que estudian a compartir, dichosos, el sueño o el descubrimiento de la vida? ¿Qué es, no matando, no robando, amando la vida de los otros como la vida nuestra, repudiando el vicio, practicando la austeridad de costumbres, haciendo de la idea un manantial del ascetismo que es, siempre, una reserva de carácter, tener paz, pasar sin sorpresas, como el oscuro obrero o la abeja inanimada? ¿Qué es vivir tranquilos o sin más agitación que la que cada uno quiera procurarse con sus afanes? ¿Qué es, no siendo desahogados de los hombres por nuestras bijas, sino más bien sus honrras por muchos conceptos, ser libres de permanecer en la tierra de elección, en el ambiente que nos formó y que completamos y del que no puede desprenderse sin cometer un acto contra él? ¿Qué es, en la relatividad de los derechos burgueses, derechos que consagran la explotación, pero garantizan al explotado no más exacción que la del burgués y los necesarios impuestos, cuando libre para entrar y salir, publicar opiniones por la prensa, permanecer y transitar sin ser molestado; que es, en la república argentina, iniciada con tan seductores auspicios, todo lo que hemos mencionado? ¿Qué es un obrero corto uano y no calga sobre él un genitor? ¿Qué es la correspondencia? ¿Qué es la medida común, el rasero común, la medida de todos?

De nada de esto nos acordamos, en la actual hora de sombra y de eclipses. Nuestros conciencias visten luto. Nuestra libertad, el poco que se nos dejó después que cada vider creado metió la mano hasta el brazo, marcha a la comarsa entre dos gendarmes. Todo ha sido recordado, en una forma o en otra, por las clases dominantes: hasta lo que dejaron por presa y hasta lo que dejaron por migaja. Nuestra prensa la lee el jefe federal, pero no para hacer la crítica, para apreciar el esfuerzo de nuestra labor de obreros, trazando el esquema de un mundo más justo, sino para distribuir mil años de cárcel entre los que escriben. Vivimos sin derechos conocidos. Por todos lados nos acecha la fatalidad y nos golpea sin avisarnos. Ni sin saber, ni el día de mañana podremos decir estas cosas, si no estaremos en el pretorio respondiendo como Cristo: qué es la verdad; «nosotros», puesto que somos la verdad de mañana y la de pasado mañana, la verdad nueva que se abre paso por entre la verdad vieja, retorcida por la libertad.

Aliviar para ser libres, libres relativamente, para tener libertad de acción y libertad de conciencia, cuando menos, o morir para dejar de ser esclavos, como el mártir mejicano!

Tal es la situación de nuestro espíritu en este Primero de Mayo. Y nuestro espíritu, el de la falange inmensa de los proletarios, el de los vengadores que se hacen cargo de la libertad retirada o no medida con una medida igual a todos los que tienen derecho, no es en ninguna manera perverso.

Decir que somos anarquistas no es decir nada, como tampoco lo fué decir: «es gallico». No hay anarquistas ni gallicos para la libertad. El anarquista y el gallico son una verdad, diferente. El anarquista es una verdad nueva. Somos una verdad nueva que se abre paso por entre la verdad vieja. Hemos quedado sin derecho, pero no sin fuerza para encontrar el acto que nos sinte. Este acto es la rebelión constante, la inapagable llama de la afirmación y de la protesta. Hoy Primero de Mayo, no van las caravanas nuestras a celebrar ningún tedeum socialista. Van a la protesta, como Cristo a la predicación. De allí al pretorio, si es preciso, por laces, o paja a paja, a aumentar la libertad, a hacer de la anarquía una verdad embolada por el sacrificio, a anticipar la nobleza que esta palabra tendrá mañana, como la palabra gallico: «anarquista».

Los intereses del momento no podrán oponerse a los intereses aún inciertos de la humanidad futura. Pero cuesta tanto abrir el boquete, que teniendo un recuerdo impreso de lo que se sería, como el recuerdo de un sueño, pensamos con tristeza qué hubiera sido si, existiendo libertad de conciencia y libertad de acción, el mundo nuevo pudiera haber sido aproximado sin derramamiento de sangre, sin derramamiento de lágrimas.

Este era nuestro sueño de adolescentes, un sueño de una belleza infinita.

T. Astilli

El óbolo de la mujer

La mujer es la constructora de las generaciones. Es nuestra asociada más íntima, en la obra de regeneración que perseguimos. Su aporte, en la educación de los hijos, marca por siempre a estos, con la modeladura llena amor de su primer ser íntimo.

La compañera del proletario será la fuerza del proletario, así que deje de ser el instrumento de prolección que este mira, a veces con indiferencia.

Su óbolo debe estar al lado del nuestro. Con un criterio completo y forjado, la mujer será una verdadera compañera. El simple balbuceo de esta hermana menor es ya una casa de aproximación tan poderosa como el primer gesto que indica que nos comprenden. El niño, esa florista rosada, «otada para mayor alegría de inteligencia y razón, leedla como leéis en el niño el primer gesto que indica que nos comprenden.

Leed compañeros y compañeras, las sencillas líneas de mujeres que van a continuación; leedlas sin hacer crítica; leedlas como leéis en el niño el primer gesto que indica que nos comprenden; leedlas para levantar a la mujer y no para aplastarla; leedlas con no indecencia como usas miras todo lo que se refiere a la mujer, sino con la curiosidad de descubrir a vuestro lado un ser nuevo, ignorado tal vez, que comprende vuestra obra y la ama como vosotros mismos. Haceros de esta asociada. No despreciéis su cooperación.

LA PROTESTA

MI ÓBOLO

A la mujer

Siempre oigo decir que la mujer es tan libre como el hombre, pero ni aproximadamente es así.

La mujer debe ser compañera del hombre, no su esclava. Ha de mirar éste, al fundar un hogar, de encauzar a su compañera, pero no con sermones inútiles sino con el ejemplo, poniendo en sus manos el libro, el periódico, el folleto, la computadora a la vez y con ella las ideas, haciendo de ella una mujer capacitada y consciente que puede enseñar a sus hijos desde la cuna a ser fuertes y valerosos para la conquista de la libertad.

Si en el hogar de un despreciado de él, de su compañera y de sus hijos, se compra un regalo al nene, la madre temerosa, que cree que todo acto exclusivo de ella es una falta al marido, al dar la golosina al niño le dice: «toma, pero no digas nada a papá si no te pego». Si la mujer sale a la calle, se repite la cantinela: «no digas nada a papá». Y en la casa sienta sus reales la mentira; los niños crecen en un ambiente lógico, odiando al padre a fuerza de leer los nombres de la madre y llegando el día que los hijos ganan un peso son tiranos de la casa como consecuencia del arraigo en ellos de la mentira.

En cambio, si el niño crece a sus hijos en el amor de la libertad y el bien que de su compañero aprende, su alegría será inmensa al llegar el momento en que esos niños, hombres libres, formen en la gran falange libertaria, la media del mundo.

Si las mujeres desearan tantas preocupaciones como tienen y no pensarán sino en hacer bien a sus hijos, no inculcando en sus tiernas cabezas los fantasmas de la religión del padre, etc., se haría una humanidad libre donde reinara el amor y la alegría.

Compañeras, mujeres todas: a la lucha, pues que con nuestro esfuerzo veremos avanzar el día de la libertad, el sol de la anarquía.

Compañeras: luchemos por la emancipación de nosotras mismas.

Caridad Alcon

Buenos Aires, Abril 10 de 1913.

De la propaganda

En todas las épocas, la divulgación de una teoría o de ideas anheladas por un núcleo de hombres—se ha hecho por la propaganda escrita y oral. El libro y el orador, cuando son verdaderos porta-vozes, cumplen una gran misión: colaborar a su acción es complementar su obra y este es un deber ineludible de toda persona sincera.

La propaganda oral es de un límite circunscripto para aquellas teorías que, a pesar de inspirarse en un grandioso ideal, están fuera de un número reducido de individuos; sus resultados, sin embargo, no dejan de ser eficaces. El orador puede, en un momento dado, centralizar la atención de su público, y así vemos que al aparecer se produce un movimiento de expectación, reconcentrando en él la atención unánime del auditorio—momento decisivo, casi solemne, en que el orador expone, al comenzar su oratoria, establece entre el público y él cierta corriente de simpatía que mantiene al auditorio pendiente de su disertación, dentro del cual, con sencillez,

sin prosopopea ni afectación, sólo le resta formar ambiente propicio: ambiente que influirá en el ánimo de los que escuchan para dejar en muchos de ellos cimentados, de firme, las ideas que expone.

Entre las diversas teorías en lucha—sobre todo en las grandes poblaciones, donde un mundo heterogéneo se agita, donde la castidad de los individuos no es proscrita de una idea alguna y sólo despierta de su indiferencia cuando la casualidad los lleva a uno u otro centro donde se debaten ideas—la facilidad del orador de la iglesia católica es innegable, con la magestad del templo, con la pompa de oro, sus flores, sus incienso y su música; con el conjunto escénico de magestad y misterio que forma un ambiente propicio al orador que sin gran esfuerzo se impone, aunque toda esa fastuosidad sea, un insulto a la dignidad de su doctrina y a la conciencia de todo hombre de razón ante la falsedad hipócrita de la teoría católica.

Otra cosa sucede con los revolucionarios, con los propagandistas de la Anarquía que crecen en absoluto de la facilidad del ambiente preparado, que están fuera del ambiente común y deben vivir únicamente en su esfuerzo intelectual y en las bondades del ideal que propagan. Cuán grande es su obra, a pesar de su estrechez de su círculo de acción. Cuánta abnegación si se tienen en cuenta las escabridades de su senda!

Colaboremos con él, compañeras; formémosle ambiente, enanchemos su acción con el aporte de los hombres y mujeres que escuchan su palabra y cumplimos así con un deber de anarquistas sinceros.

Amalia Bermeo

Auenos Aires, Abril de 1913.

Rendición y educación popular

Los compañeros que cifran sus esperanzas de pronta rendición social en las incontenibles energías del proletariado, hacen algún tiempo que se van llevando chasco tras chasco.

Estos compañeros, más entusiastas que avisados, juzgando el estado de ánimo de los demás por el suyo propio, crean al pueblo capaz de vivir en completa libertad y ansioso de hacerlo, capaz de romper todo yugo y en resaca de realización, pero no hubo tal.

Existió un tiempo en que para el observador superficial, el entusiasmo de aquellos compañeros parecía justificado, por cuyo motivo se contagiaba hasta a compañeros más reflexivos. Fué antes del centenario. Entonces el pueblo nos seguía; no había duda. El entusiasmo era inmenso, su magna manifestación fué Buenos Aires, ni antes ni después, tan numerosa como la del 8 de Mayo de 1910. Pero era fuego de paja.

El pueblo nos seguía, pero no porque hubiese adoptado nuestro sublime ideal y resuelto ponerlo en práctica: él mismo nos seguía porque, como decimos, él nos gritaba: «¡vamos!» porque el gobierno parecía darnos mucho por hacer. Era la eterna multitud que sigue y aclama al vencedor.

Pero eso duró poco. Y cuando el entusiasmo, cansado de verse corrido con la vaina, hizo frente y se nos vino encima; en un momento nos encontramos arrinconados, prisioneros o de retro y olvida su casa, no llevando a ella lo que le dio: «toma, pero no digas nada a papá si no te pego». Si la mujer sale a la calle, se repite la cantinela: «no digas nada a papá». Y en la casa sienta sus reales la mentira; los niños crecen en un ambiente lógico, odiando al padre a fuerza de leer los nombres de la madre y llegando el día que los hijos ganan un peso son tiranos de la casa como consecuencia del arraigo en ellos de la mentira.

Después vinieron las persecuciones y los vergonzosos sucesos del centenario. Y el pueblo? Se hallaba boquiabierto mirando las fiestas, aunque de lejos, porque no lo dejaban acercarse.

Y vino la ley del voto obligatorio acompañada por medidas vejatorias (la libra con el retro y las impresos digitales) y todos se enrolaron y fueron a sufragar. El pueblo se hizo radical. Ahora sigue a los socialistas. Mañana puede que no llegue a nosotros otros vuestro curso de la derecha de favor popular, y mañana cuando el pueblo será quinquagresista o conservador. Y es que el pueblo es incoherente, y como la obra.

Y no es de extrañar que así sea. El proletariado se compone de individuos en su gran mayoría rutinarios, incultos, llenos de prejuicios, con alma de esclavos y tendencias a seguir. Y con estas unidades tan inferiores se puede hacer un compuesto de calidad superior. Ni pensarlo.

No quiero decir con esto que sea el caso de abandonar todo. Al contrario, hay que luchar con ahínco y león, porque si no se hace, no sólo la humanidad no irá adelante, sino que irá por atrás.

Desde que existen seres organizados sobre el planeta, dos tendencias se disputan el dominio del mundo: la progresista y la retrógrada.

La primera, según la frase de Bovio, lleva a la anarquía, la segunda lleva a la obediencia del hombre y a la degradación de la vida.

Nosotros somos las fuerzas del progreso y el progreso en acción brando sobre las instituciones y sobre los individuos. Por esto nuestro objeto no se reduce a dirigir las multitudes hacia la luz, doblarlas los sinistres planes de los retrógrados, que tratan de llevarlas al nondumado, y las tentativas de otros individuos que tratan de extravíasar por sendas laterales, sino que de luchar de contribuir eficazmente a la rendición y dignificación intelectual y moral de los individuos, para que misas esas mismas muchedumbres que vendiendo vencidos nos abandonan, puedan dirigir y se dirijan ellas mismas, a la conquista del bienestar y de la libertad, sin necesidad de jefes ni guías.

Si la capacitación individual no será nunca posible la regeneración de la humanidad. Es necesario cambiar la mentalidad del pue-

Mo, que con la actual nada bueno se puede hacer. Y para eso hay muchos medios, todos conducentes: la propaganda, la acción gremial y revolucionaria, la educación y la instrucción.

Ahora bien, la cultura del propagandista y de los individuos a quienes se dirige, facilitada y hecha más provechosa la propaganda; alguna cultura y ciertos conocimientos son a veces útiles, a veces absolutamente necesarios para la acción gremial o revolucionaria. Esperando conocimientos científicos en el pueblo y aumentando la cultura popular se aumenta el poder y el poder es necesario para que los factores determinantes en la utánica lucha en que estamos empeñados. No hay, pues, que descuidar la educación y la instrucción.

Pero como uno no puede hacer tantas cosas a la vez, es bueno que para cada cosa haya un organismo correspondiente.

Para la educación y la instrucción popular hay varias instituciones. Una de ellas es la Liga por educación racionalista.

Esta asociación acaba de formular un extenso y interesante programa de acción: clases de literatura a domicilio para los que deseen perfeccionarse en el arte de escribir; escuela práctica de oradores y vulgarizadores científicos.

Todos los que van en la educación y en la instrucción un medio poderoso de perfeccionamiento individual que nos ha de acercar a la realización de nuestros anhelos de bienestar y libertad, deben de cooperar en esta obra en la medida de sus fuerzas y en la forma que sean más convenientes para que el esfuerzo de los voluntarios no se zalgue.

Hay que acordarse que la ignorancia y la inconciencia suelen andar de bracte, y que el pueblo incauto es pueblo esclavo.

Nuestro grito de ser el de Goethe en su agona: «¡Luz, luz!»

Blas Barri.

Por la carestía de la vida a la emancipación

A ratos, a ratos largos que suelen prolongarse semanas enteras, me invade el tedio, el desaliento, una dolorosa desesperanza.

Vejo las multitudes unidas al yugo con resignación de esclavos; veo a los propagandistas mimados, dormidos internamente en su creencia de que los hombres son capaces de evidenciar, las más absurdas vanidades y hasta impulsados por un logroismo de arribistas, delatándose en insensata lucha de antagonismos, encontrándonos mutuamente mal por de otros solo porque es de éste o de aquel. No sé gritar, veo a los elementos afines injuriar, mentir, retorcir intenciones y propósitos en estéril tarea de descréditos, encubierta con anhelos de unión de fuerzas que antes el encano separa más y más que aproxima.

Y veo a la policía ejercer la coacción moral y la represión íntima, y a los burgueses despararrar las energías de sus organismos bien cuidados en los improductivos deportes, a expensas de los esclavizados.

¿Cuándo, cuándo concluirá todo esto? No encuentro el fin y me invade el desconcielo.

El sentimiento, potente motor de acción, no lleva a los hombres más allá de la venganza de la rebelión para castigar. Pero no logra tener fuerza destructiva de sistemas y organismos. A lo sumo quiebra vidas.

El interés se queda en los límites bancarios del tanto por ciento. Tanto por ciento de aumento en los jornales, tanto por ciento de disminución en los jornales.

Y como la falta del descuento de los Bancos, el jornal y el horario suelen y bajan al compás de la oferta y la demanda de brazos, no importa que haya de por medio sacrificios, luchadores encerrados en los cuarteles, luchadores muertos en la contienda, en esa contienda más extensiva que intensa.

Si el interés, el interés de vida, no logra mover a los hombres. Reclamar el todo, reclamar el cese absoluto de toda explotación, no entra en los cerebros de los explotados, más que como una tesis de tribuna o periódico.

Las ideas nuevas no han llegado aún a tener fuerza motriz. Y es que las ideas nuevas se convierten en sentimientos para que la acción se realice, así como los sentimientos requieren transformarse en institutos para que la acción ideológica sea.

Y surge como inmediata consecuencia el interrogante: ¿hasta cuándo?

Porque si ni los hechos con su fuerza irresistible, ni los hombres con su accionar voluntario y consciente, originan un cambio radical, no se ve, no es posible vislumbrar el benéfico y proficuo fin del régimen capitalista.

Un hecho nuevo aparece en la economía sin embargo, con resplandores y destellos de anarquía.

Un hecho que significa la bancarrota del capitalismo y que retorna la mente a los días en que fatídica se presentaba ante economistas y sociólogos la trágica ley de Malthus.

Desmentida, negada cien y mil veces, vuelve otra vez a surgir y no ya como una teoría, como especulación de un pensador, sino con todas las características de la realidad.

Ahora tiene hasta un nombre gráfico, un

nombre que no tiene nada de teorización: La carestía de la vida.

Estamos posiblemente en el principio del fin.

Los gobiernos son impotentes para conjurar el mal. El capitalismo fracasó ante la escasez, ante una escasez que no puede remediar.

La producción de materias alimenticias es menor que la capacidad económica de consumo de los pueblos. Y una ley inflexible, la de la oferta y la demanda, hace que todo aumento de precio de un modo considerable, mermando así esa capacidad económica de consumo y gastando el hambre.

En vano se procura la rebaja de impuestos. En vano se instalan ferias frías y comidas económicas. La farmacopea burguesa no posee el remedio eficaz, el único remedio que puede solucionar el mal: la distribución racional de la riqueza y la sustitución del capitalismo por el trabajo fecundo.

Norte América rebajando las tarifas aduaneras para ciertos productos, contribuyó a que se agravase el problema en los demás países, facilitando la exportación de ellos, requiriendo por los especuladores yanquis, que han de estimar transitorio esa rebaja aduanera por los perjuicios que irrogará a los industriales y agricultores de los Estados Unidos y propicia por lo tanto para los acaparamientos con su consiguiente remuneración futura.

El problema es árduo, complejo, dentro del régimen actual. Sería necesario dedicar al alivio y la guerra nuevas extensiones de tierra, pero para ello es imprescindible emplear sumas enormes en vías de comunicación, en trabajos de irrigación, en saneamiento de terrenos improductivos. Y el capital no emprende tareas tan enormes porque la ganancia no es, ni aún con la actual carestía, lo suficiente remuneradora para invertir las sumas que demanda.

Es la bancarrota del capitalismo la que se acerca, y la sublevación de los trabajadores contra el hambre que ya se está haciendo.

Solo el trabajo puede solucionar el problema. Millares de brazos desecando pantanos, abriendo caminos, cultivando leguas y leguas de páramos, convirtiendo los campos de caza de los grandes señores en tierras átilas.

Hay cada obra de esa recarga el costo de los productos de una manera enorme. Negocios de los puertos, la agricultura no es negocio porque los fletes consumen su valor. Solamente el trabajo libre puede determinar el aumento de la producción sin escargos.

Solo el trabajo libre puede solucionar el espantoso problema de la vida cara.

Y así, como una esperanza placentera, vislumbra la posibilidad de la emancipación, que ni la humillante posición de los asalariados, ni la degradante opresión autoritaria, son suficientes a provocar en los sometidos, enforascados en el tira y afloja del horario, el furor y la engañosa reforma liberal de los políticos.

¡Bienvenida sea la liberadora carestía de la vida!

Eduardo G. Gillmon

Las Horcas

Voces que en esta hora nos hablan de la Aurora, hacen reverdecir el entusiasmo dentro del corazón... Quien las escucha así hondas y fuertes y silensitas, sabe que son de luz... ¡y sabe, sobre todo, que son nuestras!

Fag. Libert

Abril 1913

La Ley Social y los anarquistas

La Ley que imbecilmente el gobierno argentino decretó bajo el título de Ley Social, ha contactado la fuerza anarquista que brota con todas sus bellezas de alta psicología en este último rincón del continente sudamericano.

Ha contactado y contacta la fuerza anarquista, y no la destruye como es la intención de los que la sancionaron.

La gente que representa de gobierno en este país, no es ni inteligente, y confundió el anarquismo con instituciones que una ley puede cerrar, destruir, desahuir.

El gobierno, es decir, los susodichos representantes, no ven su impotencia.

La Ley Social perjudica al mi gobierno en representación, pues, ataca el funcionamiento «normal» del capitalismo, y complica las relaciones de oferta y demanda en el intercambio de trabajo humano.

La huelga que espanta a los burgueses es, en el fondo, «conservadora», «equilibradora» y lleva en sí la transición hacia la sociedad de justicia que hoy apenas los grandes espíritus bosquejan.

Y el anarquismo es algo enormemente más grande que una huelga y que un balazo, e intangible a una ley sancionada por necios y videntes. El anarquismo es libertad, justicia y belleza. Es arte y es moral.

El anarquista es un crítico del presente. Y ser crítico del presente es destruir las bases inferiores que chocan con las infamias del ambiente.

En el fondo de esa chusma gritería de la prensa burguesa contra el Ideal y los ideales hay una gran lazo de la vida de verdad. El anarquista crítico, destructor de los viejos valores, es un creador de otros valores más altos, más hermosos.

Pedro Maino

DINAMITA CEREBRAL
LOS CUENTOS
ANARQUISTAS
MÁS FAMOSOS
 F. O. NEUWENHUIS
 Máximo GORKI
 ANSELMO LOPEZ
 OTRAS MALLAS
 OCTAVIO MIRREAU
 JOSÉ PARRA
 MAGDALENA VERNET
 Los cuentos a la Administración «El Porvenir»
 Obrero», P. y M. 22, MAHON. — Tomado más
 de tres centímetros se hace el 30 por 100 de más.

LOS DOS HACENDADOS

En cierto país de América vivían dos hacendados inmensamente ricos cuyas propiedades vastísimas confinaban. El uno cultivaba la caña de azúcar, el otro el café. Sus plantaciones eran solitarias y magníficamente cuidadas por esclavos negros.

La ley de aquel país prohibía a los amos de esclavos que vendieran las crías de sus negros y que se desmembraran de sus servicios. Los esclavos, al año veía obligada a conservarlo hasta que muriese. El dominio de cada uno formaba de este suerte un pequeño Estado.

Pero sucedió que un día el hacendado del café y el hacendado de la caña de azúcar notaron que aumentaban siempre el personal que tenían que alimentar, sin obtener por eso más abundantes cosechas. Hubo, pues, exceso de gastos y disminución de beneficios.

Los dos llegaron a estar pensativos.

El hacendado del café tuvo una idea: aumentó la tarifa de los productores.

—De este modo, pensaba, cubriré la diferencia.

Y jugando a las cartas con su vecino, el hacendado de la caña de azúcar, le confió su remedio.

—Es excelente, dijo el otro; yo soy a imitarte.

Ambos elevaron los precios de sus mercancías; pero como todos los Estados de América no estaban sometidos a la misma ley, los otros productores no aumentaron los precios y nuestros dos hacendados no pudieron vender sus cosechas.

Hubieron de resignarse a vender al precio del mercado, como los otros, y se debatían los unos para hallar otro remedio.

—A su vez, el hacendado de la caña de azúcar tuvo una ocurrencia:

—Reducamos la alimentación de nuestra gente.

—¡Eureka! gritó el vecino.

Los dos hacendados fueron reducidos. Se los redujo hasta lo estrictamente necesario para la vida.

Pero también esta vez el resultado fue malo: los negros, mal alimentados, se reclinaron y el trabajo se resentía de ello. De suerte que, si había una disminución de gastos, había también disminución de beneficios.

Se ensayó entonces, queriendo a los negros que no se juntasen con sus camaradas, que no tuviesen hijos, hasta se rodearon sus uniones de una serie de complicaciones y dificultades. Pero los infelices —no teniendo otro placer, como decían— querían, a pesar de todo, tener una mujer y tenían hijos, a pesar de todo.

La situación era siempre mala.

Y hasta se agravaba. Maltratados, mal alimentados, los negros comenzaron a murmurar y cruzaban por sus cerebros veleidades de rebelión.

Los dos hacendados veían con terror aumentar la hora de la insurrección. ¿Qué sucedería? ¿Serían los negros capaces de apoderarse de todas las riquezas que su trabajo había producido?

En respuesta a toda traza conjar el peligro. Los dos hacendados se reunieron y, después de jugar otra partida, con acompañamiento de tazas de excelente moka— con el café del uno y el azúcar del otro— convinieron en un tercer remedio, que calificaron de infalible. Así, restablecidos en su tranquilidad, se dispusieron con un apretón de manos.

Al día siguiente, visitando el límite de su propiedad, el hacendado del café notó que las cañas de azúcar se habían apoderado de una faja de terreno que, según él declaraba, le pertenecía.

En seguida, envió una delegación de negros a requerir a su vecino, que vino escoltado por una delegación de los suyos.

—Este es el caso, dijo en tono agrio el hacendado del café; vuestras cañas invaden mi terreno.

—¡Por donde, replicó el otro no en tono menos acurdo; ese terreno me pertenece.

—Nunca; mirad donde están los jalesones.

—Señor mío, los límites han sido cambiados. Yo os acusé de haberlos trasladado para descomerte querrela.

—Mis fieles amigos, dijo entonces el hacendado del café volviéndose a sus negros, ¿quién os tomó por testigos del insulto que se me echaba de hacer?

—Y vosotros, mis buenos camaradas, ¿quién os tomó por testigos de haber sido el otro hacendado a sus esclavos, y os ruega que hagáis constar que los jalesones han sido cambiados de lugar.

—Esta bien, señor, replicó el insultado, tenéis que darnos la razón bien pronto.

—No os temo, respondió con altivez el hacendado de las cañas.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros, muy contentos y orgulloso por haber sido tratados por sus amos de fieles amigos y de buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabanitas de las dos plantaciones, los esclavos—a sus mercedos, en un vaso de ron, muy generosamente distribuido—no se hablaba más

que de honor ofendido, de honor a vengar, de dignidad herida, etc.

—¡Hay que vengar al amo, decían.

—¡Estamos prestos a morir por el buen amo, exclamaban los más sentimentales.

Y los dos hacendados, huyendo salido a dar un paseo a la orilla por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa, al pensar cuán buen remedio habían hallado por fin.

A la mañana siguiente, el hacendado del café envió la delegación de sus negros a declarar la guerra a su vecino el hacendado de la caña de azúcar.

—Sobre todo, mis fieles amigos, dijo, nada de concesiones. Nunca si lo ofendidos y hay que lavar la injuria.

—¡Oh! amo, quedar tranquilo, respondieron los buenos negros; nosotros queremos morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado a sus buenos camaradas esclavos que no hicieran concesiones y estuviesen muy firmes.

—¡Demostrad que sois hombres! decíamelo con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este calificativo de hombres, ellos a quienes se acostumbraba tratar como perros, los negros del segundo hacendado recibieron muy mal a sus congeneres vecinos. Los maltrataron, los llamaron panderos y ladrones; y fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia—y la guerra fue declarada.

Al día siguiente todo había terminado. En las dos plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos sobre el suelo. Se habían batido con hocas, con azadas y con hachas. Algunas negras habían quedado meciéndose y sus cadáveres yacían junto a los de sus camaradas. Otras negras, arrojadas sobre el campo de batalla, lloraban silenciosamente, apretando sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor—el hacendado del café—un negro, sin embargo, no lloraba. Forzoso, miraba a su único hijo, muerto, a sus pies, y a su hombre herido, sentado en un banco, cerca de él.

—¡Miserable! gritó la negra; ¿a qué haber matado mi hijo?

—Es una gran desgracia, dijo el amo con dulzura pero dolo consolante, mi pobre vecino, pensando que hemos conseguido la victoria.

—¡Tener la victoria, nosotros no—replicó la vieja, con ira—; nosotros quedar esclavos. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros los ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecáis la muerte de los traidores.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—¡Tú nos has hablado con tu honor, Tú se levanta.

—¡Sí, sí, así un asesino, replicó la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros los ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecáis la muerte de los traidores.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—¡Tú nos has hablado con tu honor, Tú se levanta.

—¡Sí, sí, así un asesino, replicó la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros los ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecáis la muerte de los traidores.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—¡Tú nos has hablado con tu honor, Tú se levanta.

—¡Sí, sí, así un asesino, replicó la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros los ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecáis la muerte de los traidores.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—¡Tú nos has hablado con tu honor, Tú se levanta.

—¡Sí, sí, así un asesino, replicó la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros los ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecáis la muerte de los traidores.

—Pero hemos vengado nuestro honor ofendido, declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó.

—¡Tú nos has hablado con tu honor, Tú se levanta.

—¡Sí, sí, así un asesino, replicó la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que producir una reacción para prevenir la rebelión.

—Y vosotros los ingratos y traidores, dijo con tono de juez, y merecáis la muerte de los traidores.

Magdalena Vernet

Ramiro de Maeztu.

rotos; después emprendieron de nuevo, también, su duro trabajo de esclavos.

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando los esclavos vienen a ser desahuciados, cuando tienen una rebelión de sus negros, o cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo, mientras juegan a las cartas, y con pretexto de la faja de terreno a defender o a reconquistar, o con pretexto de vengar los muertos, lanzan uno contra otro los dos rebaños de negros, que han acabado por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre también después de cada batalla, los dos hacendados, saboreando una taza de excelente moka—con el café del uno y el azúcar del otro—se felicitan de haber hallado por fin el gran remedio.

Magdalena Vernet.

EL CENTRAL - CONSEJO.

Fué aquello la explosión de un reguero de pólvora. No hizo don Antonio, el capatza de la casa, más que alzar la mano sobre el «anarquista», mozafrate que, «balando» de las carcas de los buques, traía y llevaba las «gatas» de caña a lo largo del conductor, y los peones de la «estera» se enderezaron, como un resorte desahuciado. ¡Era ya lo inaudito!

Le habían tolerado hasta los insultos, mas no los golpes, por Cristo vivió, los golpes no los toleraban.

Arrojaron sobre los vagones las brazas de caña, que debían quemarse las siempre abiertas fauces de los cilindros moletores, y despreciando la crítica amenazadora y suplicante, a un tiempo de los desahuciados majestuosos, se desperdigaron por la casa de calderas, contagiando de su indignación a los obreros de los hornos quemadores de «baga» verde, a los fogones ennegrecidos por el carbón, a los ayudantes de mecánicos, a los trituradores de la masa cocida, a los chicos que cuidaban el vuelo vertiginoso de las «centrifugas», cedados márgenes que extraían de la negrura mas el grano de azúcar amarillo que es el oro de Cuba.

No vieron órdenes ni consejos de químicos y maquinistas. La profecía de algunos tímidos abrió a toda prisa vituvas y escapes de calderas y tuberías. Fue todo. Entre los ruidos de los vapores saliendo de los hornos y los derrames de «gatos» hirviendo, los siervos miserables de las máquinas crearon abandonaron, corrieron, y se pusieron en huida.

En el instante, al repentinamente magnífico de la luna cubana, estallaron todas las quejas, todos los ayes contenidos desde el comienzo de la zafra. La barbarie de los capataces era el motivo de una vez que tenía más causas. La comedia era ahora la tragedia. El saqueo brujo, galleta en vez de pan, arroz seco, lacado podrido—bueno a todo dar para las negruras de antaño, no para hombres que se juzgan libres y que se están en la mitad del día. También eran sobre sí mismos los jalesones de trabajo, doce mortales horas, reportadas en cuartos de a seis! ¡Imposible dormir más de cinco segundos! ¡Y de horas arrojadas a la caña, asados frente a los hornos, triturando con palancas de acerola masas entrecidas o aguantando el calor resistible que despiden los «tachos» cristalizadores de meladura y el fuego y el vapor y las tuberías y las máquinas, en aquellas volutas frías, levantadas bajo el sol de los trópicos. Y la cuestión del personal, pues los jalesones, para ahorrar jornales, suprimieron el comienzo la zafra más de 40 obreros, cuya leña caía sobre los hombros de los demás. Y luego, ¡cosa fea, cosa fea, cosa fea! las palancas tardas y mal aguilotes así a salir de sí, generosos, así de averiados de los almacenes que vendían ganando el por sí!

El principal recibió atentamente a los comisionados. Ante la imposibilidad de persuadirlos con frases cariñosas y promesas vagas a que reanudaran definitivamente la moladura, propuso un arbitraje. Para arglar las cuestiones de personal, relevó de labores y horas de trabajo, iría aquella misma noche al pueblo y, de acuerdo con sus socios, buscaría solución armónica al conflicto. Por de pronto, se mejoraría la comida y ensayaba su formal promesa de ayudar a los trabajadores en las demandas de más peso. Y a pago de su buena voluntad rogaba a sus buenos hijos que liquidaran la caña del botijo el guarapo y la meladura de la casa de «el central». Tras lo hecho. Volvieron a la brega los obreros y jamás ingenio alguno trabajó como el «Central Consejo» en aquellos treinta y seis horas de liquidación insuñada.

Poleo volutas, ennegrecidos, asados mecánicamente, resbalando sin locomoción, al borde del desahucio, las calderas, el calor del fuego necesario en los hornos, fabricaba vapor así los resplandores de la potencia en las resacas del cocimiento, y meladura en los cueros, el jugo de la caña corría derramándose por los cauces de madera, las mazas llenas los tanques sin relajar ninguno, los trituradores de la masa cocida chapaban sus hermaneros sobre los moedores, cubriendo la chinería de las centrifugas a sacar en

su punto los granos dorados, pesaban los envasadores los sacos en el fiel, y el químico, un francés que sin éxito había ensayado todas sus alquimias para aumentar el rendimiento—necario de la caña, preguntándose maravillado qué ingrediente era la satisfacción de los obreros, que mejoraba en tantos grados la cantidad y calidad del azúcar de aquella jornada.

Liquidados botijo y casa de calderas, reanunciaron los huiguitas en los talleres de reparaciones. Venían limpios, en traje de fiesta y estaban contentos. La comida mejoraba, los capataces medían las palabras, el principal telefonó desde el pueblo anunciando un arreglo y su llegada en el tren de la tarde. Todo presagiaba que iba a hacerse justicia a sus quejas.

Y era de ver la alegría del triunfo legítimo impresa en los rostros. ¡Y eran admirables chicos y criollos, negros y españoles bromeando juntos, en fraternal espíritu que borraba los odios de raza! Lo que el Zanjón no logró nunca, ni cien Zanjones más habrán de conseguirlo, lo alcanzaba, sin proponérselo, la comunidad de aspiraciones y esperanzas. La eterna enemiga del nacimiento desaparecía en un arranque de obra solidaria.

En el hondo silencio de las máquinas muertas tras tres semanas. Lavadoras de azúcar sangre y operarios criollos babilonia la «muñeira» alrededor de la fragua flameante, entonaban los españoles décimas zugunras, los chicos cantaban danzaban, como gorlas, al son furioso de los tambores cubanos, repaban por las ruedas inmóviles los más senatos y daban el compás los odiosos murmullos, repiqueando sobre los yunqueos.

Se abrió el galloper de un caballo. Y el jinete, obrero que, aprovechando la improvisada fiesta, hubo de visitar el pueblo, gritó sin desahucio, la voz enronquecida por la caldera:

—¡La que nos espera! Nos han engañado. ¡Hay vengado el amo, pero con 200 hombres que nos «botarán» a la calle y una compañía de soldados para zurrarnos si nos «reviramos».

No lo querían creer. ¡Imposible! ¡Se sentían la palabra del amo! ¡Vamooo, será una broma!... Y al cerciorarse de que hablaba en serio y al escuchar los nombres de algunos que vendrían a suplantarlos, aquella multitud de pobres entusiastas solidarios se desahució al instante. No era sino demasiado cierto. ¡Cuántos hambrientos se reúnen para cada pedazo de pan negro! ¿Cómo luchar contra una gente que tiene todo el pan? Era la derrota definitiva. Y ahora a cargar sobre el hombro la hamera y la ropa y a correr los caminos, de ingenio en ingenio, de poblado en poblado, ofreciendo la mercancía del trabajo, la más preciosa y la más despreciada, la que enriquece al señor que la compra, la que esclaviza al desgraciado que la vende.

Toda moral es aquel montón de humanos seres; entusiasmos, energía, voluntad. La angustia cerraba las bocas, quizás iban a surgir las repuestas mecánicas por el salario. Pero Manterla, la negra que hacía un minuto, bailó española danza alrededor de la fragua, tuvo su inspiración. Agarró con las manos los troncos de carbón y los lanzó sobre un montón de serrín y de desechos.

—¡Valiente quien me sigle día! Siglelos diez segundos de vacilación; los diez segundos de las grandes resoluciones... y fue un delirio. Doscientos hombres, ebrios de vengado, en lemanados, locos, disparándose las trasas de la nueva hamera, hicieron troncos y vigas arrancadas a martillazos y se desahucaron furiosamente por la casa de calderas, llevando el incendio de los montones de madera a los hornos de cociente y de meladura, a los tanques de la casa de «el central».

Cuando la fábrica se había en pasto de las llamas purificadoras, la jauría de siervos, como el fuego por la «revuelta», se escapó por los conductos que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

...Y cuando los silbidos de cien legiones llaman en horrores gemido a los hombres amantes de su hacienda y divisan a lo lejos los colatorales que arden en el fuego de las hojas secas, como paja, rodeada de petróleo.

—¡Allá va la «candela». La brisa la mece y el viento la arrastra, traspasa guardarras y lineros, invade colonia tras colonia, forma mágicos puentes de fuego al saltar los arroyos...

intil, ya que todos vienen igualmente bien presentados y repletos de material adecuado a los fines que persiguen.

Baste con decir que todos ellos proceden de grupos adheridos a la F. O. R. A. y que todos la defienden con el calor a que aquella institución se ha hecho acreedora.

Nuestro saludo a los paladines obreros.

Un artículo de Kropotkin

de hace 30 años

de actualidad todavía

«Poco a poco, y con la ayuda de las circunstancias, se ha encontrado otra táctica más profundamente magnífica y eficaz, consistente en poner en duda todas las conquistas de la democracia, que creamos todos, hace veinte y cinco años, aseguradas para siempre para las naciones civilizadas, y en agruparse alrededor de los viejos conceptos de religión y autoridad, que se creían ya sumidos en eterno olvido.

«No ha sido un congreso europeo, ni un salvador de la burguesía, los iniciadores de esta táctica: es más, su programa ni siquiera se ha formulado; pero, observese la Europa entera, y se verá que se la ha aplicado con una unanimidad notable.

«En las conversaciones de sobremesa, en las tertulias de los salones a la moda, en las palabras que se cambian en los vagones de primera, a propósito de los sucesos corrientes, se decretó el espíritu del programa, el cual, sancionado tácitamente, y sin responsabilidad en los Estados Unidos, en América, en todo el mundo.

«Apenas si Roma y sus jesuitas, si las iglesias protestante y rusa, lo mismo que las damas de la aristocracia inglesa, han servido de intermediarios. Se comprendieron guiándose, como cuando los burgueses se ponen de acuerdo para engañar a un tercero, y se obró en consecuencia.

«El libre pensamiento, la crítica científica y materialista, la instrucción laica, las libertades políticas, las instituciones republicanas y las municipales, el derecho a la vida de las pequeñas naciones, la autonomía

calle de París contra la invasión de los señoritos gominos; impedir la restauración de la monarquía, del absolutismo y de los curas triunfantes; defender el derecho de pensar, de hablar y de escribir; alumbrarse de la escuela laica; calga en manos de los jesuitas; luchar contra el oscurantismo, que apaga las luces; enarriar, se implanta en las universidades, la prensa y las reuniones; defender el derecho de coalición, o llegar al extremo de constituirse en Londres en comités armados de garrotes, para tener el derecho de decir algunas palabras en un mitin contra los explotadores sanguinarios Rhodes y Chamberlain...

«Y esto en todas partes: en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en España, en Italia...»

«Foster en duda todas las conquistas de la democracia: agarrarse alrededor de las abandonadas antiguallas, tal es la gran conspiración burguesa, tanto más peligrosa cuanto es táctica, que su centro está en todas partes, que carece de jefe y de comités, que lo es cada burgués sin necesidad de ostentar su tarjeta de afiliación.»

Educación y emancipación

La vida del actual régimen económico político sólo será posible por medio de la fuerza, puesto que sobre ella principalmente se asienta. Pero la implantación de un régimen social de absoluta igualdad en la libertad y solidaridad humana, en sustitución del actual régimen de privilegio y egoísmo, implica una transformación que no será posible sin ir acompañada por igual transformación de los individuos que componen la humanidad y esto no se puede conseguir por la fuerza sino con la persuasión y la capacitación.

Quedarían libres los carneros si desaparecieran los pastores y quedarían libres los perros si sus dueños los echaran; pero son estas eventualidades de improbable realización, pues mientras el hombre crea conveniente aprovechar la lana y la carne de los ovinos y los servicios de los perros, no abandonará a los unos ni echará a los otros. Y el día en que ya no los necesiten en lugar de dejarlos libres los matarán. Luego pues los carneros, los perros y los demás animales no es probable que lleguen nunca a ser libres de la mano humana, sino que se dividirá en una manifiesta inferioridad con respecto al hombre.

Pero, para el hombre libertarse de la tiranía y explotación del hombre, no existen las mismas dificultades. Alto o bajo, bonito o feo, grueso o delgado, negro o blanco el ser humano tiene siempre, con pequeñas diferencias individuales, la misma conformación física. Las dos grandes castas en que se divide actualmente la humanidad, (los explotadores y los explotados) no se basan sobre la diferencia de conformación física sobre la posesión del dinero. Fulano tiene plata, pues bien, aunque sea el más despreciable de los hombres, es el honorable don Fulano. Mengano no tiene plata; pues bien, aunque sea el mejor de los hombres es un manayacaña.

De esto se deduce que bastaría la desaparición de esas designaciones económicas, junto con las instituciones que las producen y afianzan, para que todos los hombres fuéramos iguales. Luego pues—dicen algunos compañeros—hagamos la revolución social y se habrá acabado con el privilegio y con todos los males que lo acompañan.

Bueno fuera, pero ¿cómo ahora posible? Creo que no.

En efecto: un carnero extraviado será recogido por su dueño o por otro hombre, un perro echado por su amo se buscará otro y los hombres-carneros y los hombres-perros que son muchos, harán lo propio el día que se les libre del amo actual.

Y mientras haya seres humanos, amigos de obedecer a otros, o que no crean posible vivir sin una autoridad que dirija sus actos o propensos a imponer su voluntad a otros, la implantación de un régimen social, de libres y hermanos, no será posible ni si los amos actuales resolvieran un buen día dejar de serlo y se retiraran.

Pero ellos no harán esto si no les obliga a hacerlo la acción del proletariado emancipador.

El proletariado sólo será emancipado cuando el mismo se haya emancipado de los prejuicios que entorpecen sus cerebros, y así lo podrá vencer a sus poderosos enemigos, los burgueses, cuando llegue a ser el más fuerte, cuando éstos sólo cuenten para su defensa con la posesión de la riqueza. Ahora la burguesía cuenta también con la inteligencia.

No es que los burgueses tengan por herencia orgánica el cerebro mejor conformado, o algunos de ellos pretenden contra la evidencia de los hechos; pero la riqueza les permite a los burgueses tomar a sueldo a los proletarios que por mérito propio consiguen llegar a cierto nivel intelectual. De modo que los ricos son burgueses porque son ricos, y los técnicos e intelectuales aunque sean asalariados y no tengan en donde ejercer su profesión, se consideran también burgueses porque aspiran a serlo y esperan conseguirlo.

Si frente a esta coalición burocrático-burguesa, estuviéramos de pie el proletariado unido en una común aspiración igualitaria, éste podría primeramente imponer condiciones, ya

que el proletariado es necesario para la burguesía y la burguesía no lo es para el proletariado, y por último llegaría a su emancipación total.

Pero las circunstancias son muy distintas. El egoísmo, que es la característica principal de los burgueses, los distancia unos de otros con las rivalidades y enconos que produce, pero en una cosa están unidos: en su desprecio hacia el pobre. El proletariado, en cambio, está todo en una misma desunión que puede estar a pesar de la comunidad de intereses que debiera de unir en un solo haz a todos sus componentes.

Entre los proletarios los hay todavía en gran número que no se han desengañado todavía y aún esperan llegar a ser burgueses algún día y los hay que por las migajas que con insulto desprecian los arrojan los burgueses, prefieren estar al servicio de éstos oficiando de verdugos en lugar de formar con sus compañeros de desdichas.

El proletariado está desunido y además el nivel moral de los incipientes es más bajo que el de los burgueses, con ser el de éstos tan bajo, y su nivel intelectual está a mil leguas más abajo todavía.

Hay por hoy el proletariado no es capaz de emanciparse materialmente, porque está muy lejos de estar emancipado moral e intelectualmente. Pero este estado de inferioridad no es definitivo, como algunos escritores burgueses pretenden, sino que es transitorio.

Es muy probable que las predicciones pseudocientíficas de los señores H. Nicéforo y C. no se cumplan nunca. El proletariado no será reducido nunca a la condición a que algunos quisieran reducirlo, esto es a la condición de animal doméstico contenido de su sueldo al servicio del burgués.

El proletariado no estará nunca enteramente formado por los hombres-perros ni hombres-carneros, aunque muchos sean tales ahora. Y no lo será por varios motivos.

Al señor Nicéforo le he olvidado que la principal preocupación de los burgueses, después de la codicia y la ambición, es la lujuria que los lleva a intentar la conquista de las mujeres del pueblo, bonitas o simplemente simpáticas. Este señor quizá ignore que algunos burgueses dejados a media ración por un marido impotente, exhausto u ocupado en otra parte, se entregan a proletarios robustos y plétreos de fuerza por no tener en donde desahogarse. Y en ambos casos los burgueses se mezclan con nuestra sangre, pero la preciosa sangre azul podría.

Sucede además aunque raramente, que el pobre enriquece, y sucede que, con más frecuencia que el rico, se arruina, y es uno u otro caso y por otras circunstancias también entre las dos clases se realiza una continua mezcla que bastaría para impedir que se formaran los ejércitos distintos de hombres.

Pero el obstáculo mayor a la realización de tan infame aspiración estriba en la tendencia progresiva innata en la mayoría de los hombres y en la existencia de un núcleo de hombres, pocos en número y desmoralizados, pero capaces de todo enloquecimiento humano y con aspiraciones reductoras.

Pero estas aspiraciones quedarán siempre como tales si no procuramos el nivel moral e intelectual del proletariado por medio de la cultura popular, auspiciando y apoyando estas instituciones tengan este fin, como por ejemplo: la Liga Pro Educación Racionalista cuyo programa actual es digno de ser considerado.

Propaganda y cultura, compañeros!

Un Obrero Estadístico

Un Primero de Mayo en la cárcel

(CUENTO)

Era el día del pueblo. El día magno de las muchedumbres: encendido en un dolor y una esperanza. Estaba libre. Por el ventanuco abierto en lo alto de la celda penetraba un chorro exiguo de luz. El cielo, visto por aquel huequito, era azul; un azul amoroso, hialino, que parecía llorar. El sol reinaba; adentro soltaban las sombras. Como una conciencia, como un ansia, ahírase los ojos a esa luz, a ese sol que desgranaba sus haces de vida afuera: semejando una cosecha rodando, semejando una libertad perdida. Era el día magno de las muchedumbres flacas y rotas.

Los presos ocupaban de los quehaceres ordinarios dentro de las celdas sórdidas. La confesión de polverosos tejidos, de grotescas anurales, les absorbía el tiempo triste. En el alma fija la visión del mundo perdido, caricaturaba en los rostros nostálgicos desahogados. Los ojos se les volaban en la guerra de los insomnios y la boca se les llenaba en el rictus disipante de los desahogos. Ignoraban estar en el día de las muchedumbres flacas y rotas.

«Yo creo que hoy salen los muchachos. Hace ya un mes que estoy en el calabozo. Uno protestó:»

«¿Un mes? ¡Camallal! Cuando un hombre le dice la verdad se vengas así. ¡Mercedecita!»

«No contentes con hundidos por tantos años en la cárcel, todavía nos maltratan. El viejo, el etnia de la celda habló:»

«Hijos, no se cimbren. El hombre se acostumbra a los rigores. No pidan agua. Ocho años hace que estoy aquí y si habrá visto injusticias! Me han perdonado la vida por mucha salud, hijos, ¿y qué he hecho yo? ¡Dioses! lo sé: lo he hecho ustos tumbos, aunque tal vez no tan fiero como yo; la bebida, el cachullo... Pero, ¡si eso es permitido en el país! ¡Cuál es el críolo a quien no le gusta! Pero ellos no quieren saber nada: son capisillas, son maricas, que

de puro malos se vengas así en nosotros, hijos, hijos...»

«Dícen que es para corrigirnos. No seas chambón... Es para matarnos, maldito. Aquí nadie se corrige. Al contrario, fíjate en así: antes me gustaba ver cosas fieras cuando estaban encerrados solamente, pero ahora... Los ojos se me están quemando, dando ciegos, y yo porfió de alma por seguir no más. No le tengo lástima a nadie y me gusta ver lo malo... Me gusta como así me gustaba ver lo bueno. Yo creo que me han cambiado el corazón; este que tengo ahora parece roblado en cuero de zorro; ni las balas le dentan. Y ya verán ustedes también: como pronto se les mueren el sentimiento. Se los dice un jaca. Pasen un puchito para seguir...»

El guardián se puso frente a la puerta, escrutándola, hoscó. El viejo se dio vuelta. No los dijo.

Una onda de desaliento llenando el recinto, parecía azotar las caras.

Bajo el azul amoroso del cielo efectivamente una opacación como la de un gigante mundo. Era los dos revolucionos, dos personificaciones de las muchedumbres flacas, que estaban en su día: la una, autóctona, la otra migratoria. Parecía un abrazo pasado y el presente, un beso de occidente y oriente, la contextura inicial de la opacación. El ejemplar oriundo seguía frente al herrero—un hombrecillo asotado que se ostentaba en el mazo con el gesto de despectivo y arrogante de la indolencia. Era un atleta. Esos brazos decían haber volado el arado, esas piernas habían oprimido el potrero, esa cabeza había pensado en dichas posibles, ese corazón... de seguro había sido suando.

«¡Fugante cascabels al gaito! Y ofreció sus pies a la barra de grillos. Los anillos fueron fijados sobre el tobillo. El macho pasó por los ojos expresos del hierro, chocó el extremo cabezudo con la primer entrada, y quedó como un arco trágico de violento asalto sobre las cuerdas de los garzones. El herrero introdujo la cuña, rombió... Cruzado de brazos el atleta miraba el espacio. Díjase ser ageno a la bárbara forja. Tenía los labios lividos.

El otro... Era un hombre triste. Era un hombre que parecía llevar una cruz y un dolor en la frente.

«Oyo—le dijo muy quieto mientras el obrero fijaba las anillas—hermano, no me quejo de que cumplas un oficio indigno, yo no lo interpreto. Pero oyo: hay algo en el corazón del siglo, hay un germen fecundo de la materia, una luz en las tinieblas de la vida, hermano, que pugnan por nuestra redención. Que claman un abrazo de todos los que sufren. Ve que la opresión pasa, ¡sobre ti como una herosa de muerte. Te voy triste, te voy deshecho, te voy incondicional. Has venido a ejecutar un acto que tal vez repugna a tus sentimientos y no has podido resistir. Te voy triste, te voy triste. Día a día te hacen beber la hiel de la existencia. ¡Pero mi has salvado del naufragio un átomo de conciencia! ¡Siquiera! Oyene bien: hombre como vos has levantado esta cárcel; hombre como vos han forjado sus rejas; hombre como vos velan con el fusil pronta a matar ¡Y no ves claro nada! Hombre como vos se habilitan. Tus hijos vendrán a ella. Los hijos de tus hijos. Es la maldición eterna pesando sobre todos los parias, sobre todos los esclavos del trabajo. Os estáis construyendo vuestros propios sepulcros—os estáis construyendo vuestros propios calabozos. ¡Permaneced sordo, hermano, a la luz del siglo, a la voz de fraternidad que clama, que llora por nuestra unión!»

El hombrecillo rió sacudió la cabeza sin levantar los ojos. El macho había asegurado las anillas. La mano del ejecutor temblaba. Empujó a martillo.

«Hoy es el día del martillo. ¡Es posible que no lo seas tampoco! Hoy es nuestro día. Los que sufrimos en este día sentimos el corazón mancharse de esperanza. Nos hemos batido las manos...»

El primer martillazo cayó tembloroso. «Estás traicionando un ideal que debía estar incrustado en tu cerebro y en tu corazón. Tus hijos recordarán...»

Otro martillazo más allá aniquilo aún. «En un día como este han de caer las cadenas de la Humanidad.»

El martillo cedió fijo, con rabia. «Y vos me estáis remonando! ¡Oh víctima!»

El hombrecillo rió inintermitente. Como un fulgor repuso de campanas. El hombre triste hablaba todavía. Sin tomar aliento. Convincente acentuando.

«Feliz yo sé podido levantar con mi pobre voz lo que en tu corazón hermanito! ¡Feliz las verdades que te he sugerido se levantan en ti como una alborada de amor, larvas y puras! Feliz el recuerdo que en esta mañana llevas de mí, repárate como una bendición, como una semilla de libertad en la oscuridad de tu mente. No olvides... Bien sabes que no te recordo. Sólo pido que pienses...»

El hombrecillo recogió apresuradamente sus herramientas y abandonó el sitio. ¡A la voz! a la voz.

«Maestro, tú ya pugn...»

Y corrió pata calle como un ladrón escapado. Le pareció que el sol lo escupía.

«Ya vienen! Ya vienen!»

Los presos se agrupaban en la galería de acceso. Olas de murmullos, de acompases, de rítmicos, por un charir de cuchillos,

«¿Qué música!»

Los dos presos habían enfilado la puerta reja, sobre el atleta y digno el otro, a pasitos cortos, como infantes probando a caminar por sí. El macho, terrible arco, corrió por los ojos sonrosos hacia la izquierda, chirriando, al adelantar el mismo pie, o viceversa, chocando ya con el cabezal, ya con el remache, sobre el soporte de las anillas. «¿Qué música! Parecía rasguar sobre los nervios, herir el corazón, apretar la garganta.

«¡Pobrecitos!»

Sonaron algunos anatemas, cortantes, en el silencio de la consternación y de la ira flameando en el espacio estrecho de la bóveda. Se oyó la voz del guardián, con su imperiosa entonación.

«¡Adentro de las celdas! ¡Pasen adentro! No hicieron caso. Una racha de indignación ametralló incendio. Tomaban las manos de los mortificados. Les hablaban. Los rostros tenían palideces nerviosas, las bocas se entreabrían ávidas. Algunos corrían a refugiarse en los rincones solitarios.

«¡Pobres!»

«¡Hermanos!»

El hombre triste se conmovió: «Hoy es el día primero de Mayo, compañeros...»

«¡Adentro! ¡Adentro o cierro las puertas—sacó el silbato. Apareció el celador. El apócrifo fluyó entonces, quejante, en la protesta del sentimiento humano contenido a morir por la convulsión mortal de aquel espectáculo íntimo.

«¡Verdugos! ¡Verdugos!»

Rebuelta sobre un banco se destacó una figura: dominando las cabezas con la suya alta, blanca.

«Se han de acostumbrar, hijos. No se cimbren; parecen cañes...»

Albino Darío López. Cárcel de San Nicolás

Fundamento de la idea anarquista

EXPOSICIÓN

1. Las religiones son hipótesis sobre la creación del mundo y la existencia de los hombres.

2. Esas hipótesis han sido declaradas absurdas por la conciencia y comprobada su inexactitud por la ciencia.

3. Las religiones son innecesarias para el desarrollo de los sucesos y de la necesidad urgente de llevarlos nuestra cooperación moral y efectiva si es necesario.

4. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

5. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

6. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

7. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

8. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

9. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

10. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

11. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

12. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

13. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

14. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

15. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

16. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

17. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

18. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

19. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

20. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

21. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

22. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

23. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

24. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

25. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

26. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

27. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

28. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

29. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

30. El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

zón para odiar y considerarse enemigo del que nació en otro punto, así como tampoco es una razón para amar a los hombres que han nacido en la misma región y que a lo mejor nos pueden ser más antipáticos y perjudiciales que los nacidos a centenares de leguas de distancia.

No tenemos motivo alguno para aborrecer a los japoneses, y en cambio lo tenemos muy grande para odiar al gobierno de nuestro país que nos oprime y al patrón que nos explota.

No respondiendo a nada necesario, prelico y útil la división del mundo en patrias, y siendo, al revés, causa de conflictos, guerras y sangriento odio, los anarquistas proclamamos la abolición de las patrias, para que los hombres todos se consideren como lo que son: miembros de una misma especie, cuya nación es la Tierra.

SINTESIS

Los anarquistas queremos una sociedad en que cada hombre se gobierne a sí mismo y en la que los medios de producción estén al alcance de todos los hombres.

Anarquía es la vida libre sin que políticos, moral ni económicamente un hombre predomine sobre otro.

La Federación O. Rosarina en pie

Obiero muerto por la policía

Manifiesto de la F. O. R. A.

[Solidaridad trabajadores]

Rosario, la segunda ciudad de la república, hasta el momento en que escribimos estas líneas, se siente conmovida por uno de los más hermosos movimientos de solidaridad que se registran en los anales del proletariado argentino.

La huelga general, el arma más segura y eficaz a que puede recurrir la clase obrera ha sido usada por el proletariado rosario con toda valentía en favor de las reivindicaciones del gremio de obreros tranviarios.

Por las noticias de la prensa diaria, los trabajadores de la capital y de las ciudades del interior podrán darse cuenta de la magnitud de los sucesos y de la necesidad urgente de llevarles nuestra cooperación moral y efectiva si es necesario.

El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sustituya con otro delegado.

El C. Federal de la F. O. R. A., que se puso al habla inmediatamente con el Consejo de la Local Rosarina, lanzó el martes el siguiente manifiesto, en vista del aspecto que toman las cosas y la posibilidad de un masacre por las numerosas fuerzas de ejército concentradas en Rosario, de una primera sabiduría por las tropas de caballería y de la prisión del delegado de la Federación, compañero Beldin, al que ha sido necesario que la Federación sust